



## CAPÍTULO V

### Comienza el viacrucis

COMO á las nueve de la mañana me hallé á Rojas con cara de fiesta. Alguien se ocupaba de contar y listar en su presencia todos los primores robados á la iglesia y á los particulares. El botín de Tlaxochimaco se unía al conseguido en muchos otros pueblos, é iba á ser encerrado en unas grandes cajas que acompañaban siempre al jefe. Había allí patenas, rosarios, zarcillos, prendedores, vestidos de gro, casullas bordadas del siglo xv y mil riquezas seculares y eclesiásticas.

— Mire, me dijo, ¡qué *guardotas* y qué *imbutidos*! Y me enseñaba unas espléndidas albas de punto de Brujas, regalo de algún rey de España á cualquier catedral americana; se los voy á dar á Juana la *loba*, mi querida, para que se haga unas *naguas*... Y mire ese trapo bordado, (por



un estandarte de labor toledana); yo me *afiguro* que sirve *pa* ribete de un sombrero; digo, quitándole los borregos que les dicen *anusdei* y las caras de santo... ¿Sabe que me estaban dando ganas de llevarme á la *refolufia* á la marquesita ó cardenala ó no sé qué será que me presentaron ayer? Pero es tan chillona y tan escandalosa, que aquí se las dejo... Aunque la *verdá*, es guapa... Sí, lo que sea se ha de decir; como guapa, es guapa...

Y *al propósito*, don Juanito, aquí se le queda á don Agapito Gómez *pa* que cuide el pueblo; es buen jefe, aunque algo *alocao* él; pero cuando no está en su luna, se lo garantizo... Cúideme mucho, y á la cosa más mínima, avíseme... Yo le digo todo al señor don Pedro Ogazón; por lo que es su jefe de usted, don Santitos Degollado, me lo echo en la bolsa; casi es un religionero... Epa, tú, *Crespin*, hablando á un rancharo que cargaba; bornea ese bulto que se te va á quer... *Jijos* de un zumbado, como nada les cuesta, poco les importa que todo salga como *salgare*...

En efecto, á las doce ó poco más se retiró Rojas con toda su cuadrilla, dejándonos espantados de su presencia y contentos sin ella.

— ¡La del humo, amigo! decía el cura Herrera santiguando los cuatro vientos con sus escapularios.

Pero entonces, creo que ya lo he dicho, no nos dábamos á las penas; pasaba el mal rato, desaparecía la aflicción, y á otra. ¡Qué diferencia con los señorotingsos de ahora,





... organizó un día de campo á los Cipreses...

que porque la novia les hace un dengue, ó porque encuentran que el mundo deja que desear como voluntad y como representación, se dan á las más desoladoras filosofías y las murrias más desesperantes, cuando no toman algún frasquete de rico veneno!

Luego que Rojas hubo salido, el pueblo continuó su vida ordinaria. Faltaban tres semanas para que las *aguas* se despidieran, y había que aprovecharlas.

Mi señora doña Sabina, que era alegre como unas castañuelas, había olvidado ya la pérdida de aquellas cintillas y tumbagones que la hacían parecer una reina Pomaré desterrada, cuando con ellos se ataviaba, y organizó un día de campo á los Cipreses, el único lugar que tenía agua y verdura en muchas leguas á la redonda. Allí moraba aquella Juana, en cuya casa habíamos charlado años hacía Trini y yo.

Se cantó, se bailó, se comió á estilo de la tierra, y volvíamos cansados, alegres y satisfechos al anochecer, cuando oímos truenos hacia el rumbo de la villa.

Ya habíamos los hombres requerido las pistolas para ocurrir á ver lo que pasaba, cuando alguien que llegó á toda prisa nos dijo: « Hay pronunciamiento en la plaza. »

Allá fuimos volando, y averiguamos la verdad del caso.

Sucedió que don Martín Celorio, luego que hubo salido del pozo en que se ocultó temiendo correr el fin de su her-



mano, siguió viviendo en su casa, más triste, más retraído y más callado que nunca.

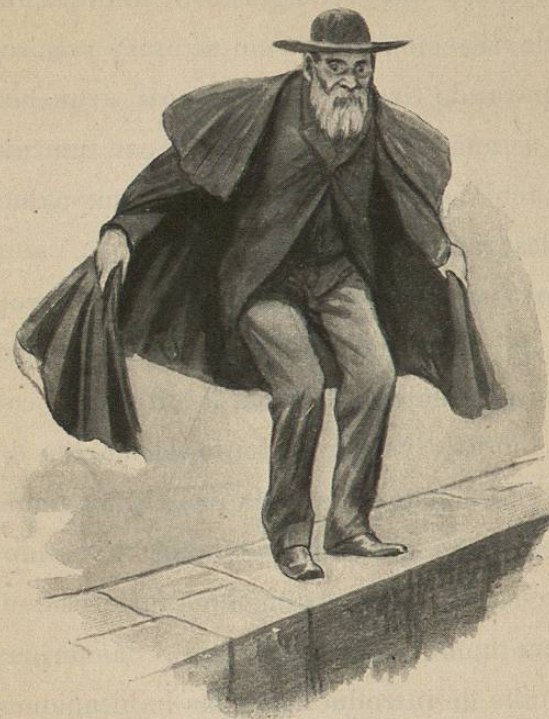
Se había dejado crecer la barba, cana á trechos, había descuidado más la limpieza de los pingajos que constituían su traje ordinario y había escogido, para usarla diariamente, una gran capa de paño verdoso que le daba aspecto de israelita de retablo. Se encerraba días enteros en su cuarto viejísimo y desalhajado, y allí hablaba solo fingiendo diálogos con el difunto don Servando.

La tarde de aquel día hizo algo que ya puso en cuidado á las señoras: trepó á lo alto de un pretilillo, y allí fingió pasearse, hacer la rueda, hinchar el moco, erguir los corales, erizar la escobeta, esponjar la cola y todo lo demás que los *cóconos* ejecutan al ponerse el sol. Cuando las pobres aristócratas, anegadas en lágrimas, le rogaban que bajara de aquel filo de pared, el pobre loco las miraba lanzando ese cloqueo que parece una carcajada y que es peculiar de los animales que tienen la peculiaridad de morir la víspera. Luego, ayudándose con la capa, seguía haciendo la rueda con majestad de pavo real.

A eso de las oraciones, por su propia voluntad bajó de la pared y quedó en un rincón mudo é inmóvil. Cuando la criada salió á algún recado, don Martín se escurrió poco á poco y llegó hasta la plaza, en que á la sazón se hacía el pobre mercado de la noche. Los soldados estaban sentados á la puerta del cuartel, bromeando ó bebiendo

aguardiente y nada anunciaba una catástrofe próxima.

¿Vió don Martín la cruz que estaba pintada cerca de donde él estaba parado, ú oyó que alguien dijo que en



aquel sitio habían fusilado á don Servando Celorio? No se sabe: pero sí hubo quien observara que al cabo de permanecer allí un buen espacio, el pobre loco prorrumpió en un grito espantoso: « ¡ Viva la religión! »

Como si hubiera sido por arte mágico, todas las gentes echaron á correr, todas las puertas se cerraron, los soldados requirieron sus armas y monturas y no hubo quien



no entrara en pánico y confusión. Don Martín, muy despacio, cruzó el gentío envuelto con la capa y se metió á su casa, proponiéndose atrancar la puerta con su cuerpo.

Los rojeños, que se figuraron había conspiración, entrada de reaccionarios ó no sé qué, salieron por las calles disparando tiros, y aquí mancan á un hombre, allí derriban á una mujer que corría con un niño en los brazos, y acullá tiran en la carrera de sus caballos á tres ó cuatro desgraciados.

Al pasar por la *Casa de los Gigantones* arrojaron una salva, de la cual una bala derribó en el suelo á don Martín, rompiéndole un brazo á la altura del codo.

De los *Cipreses* volvía Antonio, el marido de la nana de Trini. Subía penosamente la cuesta, trayendo consigo las escopetas con que nos habíamos divertido cazando pajaritos, cuando le encontraron los furiosos.

El pobre hombre, medroso, saltó las tapias de una casa y trataba de introducirse á las habitaciones, cuando se encontró con que los perseguidores se le habían anticipado entrando por la puerta. No encontró entonces más arbitrio que dar vueltas alrededor de un mezquite, tratando de evitar golpes. ¡Vano intento! Mientras saltaba incansable hurtando el cuerpo, escapándose y defendiéndose, los bandidos le alcanzaban, y si algunos machetazos dejaban estampados en el tronco del árbol, más daban en el cuerpo de aquel desgraciado. Allí quedó para que le

alzarán con cuchara quienes quisieran darle cristiana sepultura.

Los bárbaros, en su batida, habían juntado media docena de gentes que les parecieron sospechosas. Sin esperar más, las hincaron de rodillas en una banqueta de la plaza é iban ya á fusilarlas, cuando rompió el cuadro el cura Herrera, y á riesgo de que lo atravesaran las balas, confesó violentamente á los desgraciados y les dió la absolución; apenas se hubo retirado un poco y chasquearon los muelles de los fusiles, salieron las balas, y los pobres á quienes el antojo de unos infames revistió con proporciones de autores de no sé qué delito, cayeron revolcándose en su sangre...

Todo esto, que se refiere en muchas líneas, pasó en un momento, pues eran diferentes partidas las dispersas por el pueblo haciendo atrocidades.

Nosotros llegábamos apenas, cuando supimos todo. El caso me causó indignación por lo que tenía de vejatorio y de inmotivado. Acompañado de seis amigos de los que habían ido á la fiesta, que llevaban por toda arma dos revólvers y un sable, nos presentamos en el cuartel, dispuestos á impedir la continuación de aquella carnicería.

Gómez, el jefe, estaba echado en un banco del zagúan, sin movimiento ni habla: el *pinos* de que se había llenado la tripa le había puesto en aquel estado. No opuso resistencia cuando le introdujimos en el calabozo de la



prisión; pero sus subordinados, que eran más brutos que él mismo, sí trataron de sacar el sable y rebelarse contra nosotros. Pero como llegaban de uno en uno y cuando más de dos en dos, nos fué fácil desarmarlos y ponerlos á buen recaudo; sólo dos se escaparon á uña de caballo, en medio del horror de los habitantes, que pensaban se habían soltado los demonios y que nuevamente andaban cometiendo abominaciones.

Desde ese día mi tío don Angel Luque tomó los dos mandos, político y militar, y aquello tuvo trazas de comunidad ordenada.

Pero era poco envidiable la situación de mi buen tío. No contaba con más tropa que los cuatro soldados y el cabo que cuidaban de la prisión, que se llamaban por la gente *guardiecárcel*, y con media docena de viejos cojos, inútiles, sin bríos ni alientos para nada, que formaban el destacamento de serenos.

Aun me parece ver á éstos mandados por un gracioso y diminuto carcamal á quien le decían el *Agofetiao*, como me parece ver la *guardiecárcel* puesta bajo el cuidado de un indio largo y flaco que llevaba el incomprensible mote de *Violín santo*.

Los serenos con sus linternas cuadradas, sus capas de vuelos y sus sombreros anchos, se ocupaban en encender los cuatro faroles que alumbraban la plaza, que por cierto no quedaba iluminada *á giorno*, como dicen los gaceticeros chirles.

A las nueve apagaban los faroles, y se distribuían estratégicamente por el lugar para cuidarlo y dar aviso del tiempo que hacía. Y así los vecinos tenían la satisfacción de saber, no sólo que sus intereses estaban sin riesgo y atendidos, sino también la de enterarse del tiempo que hacía, pues cuando más dormidos estaban los despertaba el ruido de un garrotazo sobre el alféizar de la ventana, y la voz del *vecino*: «Las doce y media y sereno», «Las tres y nublado», «Las cuatro y lluvioso.»

Esto en el caso de que no se durmieran como unos benditos, caso que aprovechaban los calaveras y la gente de trueno para tiznar la cara de los representantes de la autoridad, fingiendo bigotes á quienes nunca los tuvieron; para robarles la linterna y hasta para dejarlos atados de pies y manos, sin garrote, ni capa, ni sombrero.

